

EL TÍO DIÓGENES

Todos los años iban a principios de diciembre a pasar unos días al pueblo con sus abuelos, este año y después del confinamiento ya les tocaba, lo habían echado de menos.

Les encantaba ir, los abuelos les hacían sentirse especiales y allí estaban como en su segunda casa. Además, les contaban historias antiguas que les gustaban mucho y las transportaban a otros tiempos.

Las dos hermanas, aunque siempre estaban juntas, eran muy diferentes; Ana la mayor era extrovertida y atrevida mientras que Pilar, la pequeña, era mucho más tímida y asustadiza, siempre en situaciones comprometidas necesitaba el apoyo de su hermana y ésta siempre protegía a su hermana menor.

Esa noche, junto con los vecinos alrededor de la hoguera, como de costumbre, comenzaron a contar historias de miedo. A Ana le llamó poderosamente la atención una de ellas hasta el punto de querer comprobar la veracidad de lo que allí se detallaba.

Había un hombre en el camino hacia los campos de olivos que siempre se aparecía a quien pasaba por allí y ese hombre, según decía su abuela, era el tío Diógenes, fallecido en tiempos de la guerra.

Ana no creyó la historia, ¿cómo iba a aparecer en la carretera un señor muerto hacia cuarenta años? los muertos no vuelven al mundo de los vivos para aparecerse a las personas.

Pilar por el contrario no las tenía todas consigo no fuera a ser que aquella aparición fuera real.

Una mañana, pasados unos días, la mayor propuso salir a ver si tenían la suerte de que apareciera el tío Diógenes, la pequeña no estaba nada convencida, ¿y si se aparece qué hacemos? Al final decidió acompañar a su hermana, no quería dejarla sola.

Salieron al camino, llegaron hasta el final de éste y no vieron a nadie, así que decidieron dar la vuelta por donde habían venido. Estaban caminando cuando, de repente, vieron a un señor sentado en una piedra, parecía estar esperando a alguien, el hombre vestía un traje color marrón y una camisa blanca tal como había descrito la abuela. Las chicas sin saber que hacer, continuaron y al llegar a la altura del hombre, éste se incorporó y mirando fijamente a Ana dijo: CUIDADO CON LA RAMA. No sabiendo lo que el aparecido les quería decir corrieron despavoridas contando a la abuela muy impresionadas lo que les había pasado.

Ha pasado un año del suceso y han vuelto un año más a casa de la abuela, todo sigue igual, el olor característico que tanto les gusta, los muebles y los adornitos antiguos que tanta curiosidad les causan.

La hermana mayor no ha dejado de pensar este año en volver al camino para encontrarse con el tío Diógenes. Ella quiere descubrir qué hay de verdad en la historia y además qué quiso decir con ese CUIDADO CON LA RAMA

Tras convencer a su hermana e intentando que sus abuelos no las oigan, a la mañana siguiente salen, pero no encuentran a nadie en el camino, y así ocurre con los días siguientes.

-Ana, ¿por qué tienes ese empeño en salir a encontrarte con una persona que murió hace cuarenta años? Le pregunta Pilar.

-Porque no me lo creo, esto no puede ocurrir, estoy dudando en que este tío nuestro muriera en la guerra, pudiera ser que esté vivo y haciendo una nueva vida en otro lugar.

-Pues yo ya estoy cansada de ir en busca del miedo, a partir de ahora vas tú.

Y así ocurrió; Ana salió al camino a ver si corría mejor suerte y una tarde más, no encontró a nadie, esto le bastó para tomar una decisión y pensó: este hombre no está muerto, y le surgió una idea, iría al cementerio a comprobar si estaba su tumba allí.

Aunque ya estaba oscureciendo se dirigió al cementerio, estaba un poco retirado del pueblo así que cuando llegó ya era de noche; se dispuso a entrar, pero al intentar pasar la reja algo la sujetó por el abrigo, ella sintiendo que alguien la retenía tiró desesperadamente, pero le fue imposible moverse, la tenían agarrada y quien fuera no parecía dispuesto a soltarla. El viento soplaba y movía las ramas de los árboles emitiendo un sonido que le parecían las voces de lo que allí yacían. En la oscuridad, las sombras parecían figuras que se movían hacia ella y querían cogerla, pero ella atrapada no podía escapar.

A la mañana siguiente el sepulturero encontró una joven tumbada en el suelo en la puerta del cementerio con el pánico dibujado en su rostro, a su lado había un árbol con una rama rota enganchada a su abrigo.

Estaba muerta. Había muerto de miedo.

ELVIRA PÉREZ